

Economía política y religión

Diversos pronunciamientos de origen eclesiástico se caracterizan por tomar igual distancia entre el marxismo y el liberalismo. Tal, por ejemplo, el caso de la reciente carta pastoral de los obispos uruguayos, que denuncia a una y otra doctrina en tanto que "economicismos materialistas" y, sin perjuicio de señalar entre ellas algunas diferencias, enfatiza la identidad sustancial de sus naturalezas.

En ocasión de hacerse público dicho documento, expresé mis reservas frente a su enfoque. Ninguna de las dos doctrinas, sostuve, es un econo-

micismo materialista, si por tal debemos entender una postura que exalta los valores del disfrute sensual de los bienes materiales. El liberalismo no lo es, porque constituye apenas una teoría de la sociedad, que proyecta luz sobre la capacidad de ésta, para ordenarse de manera espontánea, y así, al despolitizar implícitamente un vasto sector de la vida, permite a los individuos entenderse por sí mismo con los valores, solos o en compañía, según les parezca mejor. En cuanto al marxismo, menos aún, si cabe, es legítimo verlo como un economicismo materialista, ya que, en puridad, no es ni más ni menos que la transposición al plano temporal de la fe mesiánica judeo-cristiana, y como tal, una religión. Una religión exigente, como el tronco de que proviene, en términos de renuncia a los fines personales; si bien, por compensación, generosa en términos de gratificaciones emocionales, al pedirle a los fieles amor solo hacia el oprimido, ente convenientemente abstracto, en lugar del inconveniente concreto vecino, y sobre todo, al permitirle odio a discreción hacia los opresores. En todo caso, no se trata de una doctrina materialista, en la acepción corriente del término, y mucho menos aún de un economicismo.

En rigor, pues, la Iglesia tiene en el marxismo un rival peligroso, pero en manera alguna otro tanto en el liberalismo. El liberalismo es esencialmente compatible con la religión. Lo prueba el hecho de que algunos de los liberales más prominentes —v. gr. Burke, Tocqueville, Acton, para nombrar solamente una tema descolante— han sido cristianos prácticos, presuntamente fervientes, sin duda piadosos. Aquí incide una de las confusiones semánticas que enturbian persistentemente las cuestiones que tienen que ver con la libertad: anda suelto por el mundo de las ideas otro llamado liberalismo, un animal de muy otra

especie, criado por Rousseau, que nada tiene que ver con el liberalismo de que hablábamos y han hablado los obispos uruguayos, pero que es anticlerical, en el mejor de los casos deísta, en el peor idólatra, y cuya homonimia con la doctrina de Locke, Burke, y Smith —digamos, para variar algo la terna— no cesa de confundir a los desprevenidos.

Existen, por tanto, buenas razones para que la Iglesia condene al marxismo, por ser el marxismo una herejía. Entiéndase bien, el marxismo no es ateo; no lo es en manera alguna. Quienes le acusan de ser ateo le dan un crédito por veracidad que el marxismo no se merece. Repare el lector en este tríptico de artículos de fe, que integran el credo marxista sin ningún género de dudas, y cuya incompatibilidad con el ateísmo se manifiesta.

1. En un principio era el comunismo primitivo. Aquel remanso primigenio fue violentamente perturbado con la aparición de la propiedad privada en el seno de la sociedad. Desde entonces, ésta conoce divisiones profundas, en grupos que se denominan **clases**. Las clases, explotadoras y explotadas, entran en conflicto, y su lucha aporta la dinámica de ese devenir social que llamamos **historia**.

2. Más profundamente, es la variación de las formas de producción la que mueve la historia. Las formas de producción determinan la estructura de clases, lo mismo que la religión, el derecho, y toda la cultura. El molino de agua da lugar al feudalismo; por lo tanto al enfrentamiento de siervos y señores; el molino de vapor aparece el capitalismo, y con él una nueva clase dominante, burguesía — que entra en conflicto con la vieja clase de los señores, y la despoja de sus privilegios, vuellos obsoletos por el cambio tecnológico— y una nueva clase oprimida, el proletariado.

3. El papel histórico del capitalismo consiste en transformar de raíz las formas de producción

y avanzar hasta regiones insospechadas el dominio del hombre sobre su **habitat** natural. La burguesía exalta con ello su poder de clase dominante, pero no puede, al hacerlo, dejar de multiplicar el número, y por ende la fuerza, de la clase desheredada, los proletarios, quienes, llegados los tiempos a una altura crítica, serán protagonistas de una peripecia crucial, la revolución, que inaugurará la era de la sociedad sin clases, el **millenium** comunista, donde el estado terminará marchitándose hasta desaparecer, y el libre desarrollo de cada individuo será la condición del libre desarrollo de los demás.

¿Cómo no reconocer, en esta condensación del credo marxista, las huellas de su origen judeo-cristiano? ¿Cómo no advertir que el comunismo primitivo, aquel remanso sin dolor ni gloria, sin opresión ni progreso, es el jardín del Edén? Y el surgimiento de la propiedad privada, ¿no es acaso la imagen refleja del pecado original, el envión inicial que puso en marcha el carruaje de la historia, por su ruta de sangre, sudor y lágrimas, hacia su destino final de paz y libertad perfectas? Y el Pueblo Elegido, ¿por ventura no tiene en el Proletariado su contrapartida cabal?

Aparte de estas correlaciones patentes, que Bertrand Russell entre otros ya había señalado hace mucho, lo que confiere a la doctrina marxista su condición inequívocamente religiosa es la clara divinización de la Historia que ella presupone. Claramente, sólo una Deidad benévola sería capaz de asegurar más allá de la contingencia propia de los asuntos humanos, el desenlace feliz y definitivo de la lucha de clases. Más aún, la gozosa condición del Paraíso Comunista, tan ajena a toda experiencia de aquí y ahora, sólo podría haber sido aprehendida por gracia especial de esa misma Deidad providente, concedida a Karl Marx, su Profeta.

Desde el punto de vista cristiano, parece faltar la figura del

Redentor, pero se trata apenas de una ausencia aparente. El Hombre se redime a sí mismo. El es la encarnación de la Historia, por obra y gracia de la Dialéctica Materialista.

Cuando el marxismo se dice una filosofía atea, pues, miente flagrantemente. Una filosofía atea tiene por fuerza que conducir a la tesis de que el mundo y la vida carecen de sentido. La idea nietzscheana del eterno retorno —todos los acontecimientos posibles se repiten infinitas veces en un infinito devenir— es una doctrina consistentemente atea. Pero es sólo una idea, jamás una creencia, en el sentido orteguiano de la contraposición. Nadie ha vivido desde la teoría del eterno retorno. Más generalmente, el ateísmo es una postura sumamente inusual. La enorme mayoría de los **sol-disant** ateos profesan fe en un Dios al que simplemente llaman de otra manera. (Aquello en que te apoyas, de donde extraes sentido, eso es tu Dios, dijo Lutero, palabras más, palabras menos).

De lo dicho resulta que, según el lenguaje bíblico, los marxistas se han construido, un dios falso a su imagen y semejanza; o sea que son **idólatras**. Sería digno y justo que la Iglesia profetizara contra su doctrina por esa razón. En lugar de ello, la Iglesia jerárquica prefiere las más de las veces disparar contra el marxismo dardos que se pierden a gran distancia del blanco. Pero la Iglesia conoce otras posturas dentro de su seno a propósito del marxismo, que no ignoran su carácter religioso, pero al mismo tiempo no le perciben como adversario, sino como amigo. Por más que miran y remiran al marxismo, no le ven nada sustancial de objetable. Los marxistas no hablan de Dios, ni de Cristo, pero obran como si creyeran en ellos, al comprometerse en una lucha por los desheredados y oprimidos. Su **praxis** es, pues, **ortopraxis**, y para la mismísima **ortodoxia**, ¿qué les falta? Palabras apenas, **Flatus vocis**. Por una heterodoxia

meramente semántica, ¿quién se inquietaría?

Una de esas posturas es la llamada **Teología de la Liberación**. La Iglesia Popular, o Iglesia de los Pobres, y el Movimiento "Cristianos por el Socialismo", son nombres de otras posiciones, al menos parcialmente coextensivas con aquella, que de una manera u otra testimonian una afinidad profunda con el marxismo.

La Teología de la Liberación ha sido objeto de un pronunciamiento adverso —una "instrucción"— por parte de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, cuyo prefecto es el Cardenal Ratzinger. Muchos que saben más que este articulista protestan que hay en realidad muchas "teologías de la liberación" —los apologistas deberían considerar si no hay en ello la base de una demostración de la asistencia sobrenatural merced a la cual el viejo edificio de Pedro se mantiene en pie— y no puedo estar seguro de que todo lo que voy a escribir se aplique por igual a todas dichas teologías; pero como mi fuente es precisamente la Instrucción de la Sagrada Congregación vaticana, sí creo que se aplica lo que voy a decir al menos a la liberadora teología que dicho documento critica.

Aquí interrumpiré brevemente el hilo de mi discurso, para trazar un mínimo esbozo de tal corriente de pensamiento eclesial. Útil como tal digresión debería ser, temo que haga perder al lector el sentido general del artículo, y por ello quiero anunciarle ya que el objeto de mi disquisición ha sido hasta aquí, y seguirá siendo, mostrar cómo los orígenes judeo-cristianos del marxismo facilitan una fusión intelectual con el pensamiento de cristianos que se hallen dispuestos a radicar su morada espiritual en el tiempo, y a desentenderse de la eternidad. El esbozo contará apenas de dos pinceladas.

● La teología de la liberación se presenta a sí misma como una reflexión a partir de la experiencia religiosa de quienes encuentran a Cristo entre los pobres, merced al compromiso que contraen en la lucha por su liberación. En este con-

Director Responsable: Ramón Díaz

Editor: Danilo Arbilla

Columnistas y Redactores Permanentes: Manfredo Cikato, Pablo Fossati, Ramiro Rodríguez Villamil, Jorge Caumont, Ricardo Peirano, Daniel Gianelli, Miguel Arregui, Elfraín Mannise, Gerardo Maronna, Juan Carlos Casas, José Pedro Ortiz, Juan Mario Hermida, Raúl Clauso, Félix Carrera.

Indicadores Económicos: Javier de Haedo. **Medicina:** Jean Richerd. **Espectáculos y Vida Cultural:** Rodolfo M. Fattorusso, Barret Puig, Jorge Traverso, Sergio Lacuesta, Jorge Castro Vega. **Deportes:** Mauricio Fernández Reyes. **Humor:** Aldo Cammarota, Kid Graeca. **Caricaturas:** Arotxa. **Diagramación:** Nelson García Serra.

Directorio: Dr. Ramón Díaz, Dr. Manfredo Cikato, Dr. Pablo Fossati, Dr. Ramiro Rodríguez Villamil y Danilo Arbilla.

Administración: Esc. Alfredo Bianchi Varela.

Búsqueda es una revista semanal miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa. Está inscrita en la Dirección de Industrias con la matrícula N° 2079. Con domicilio en Av. Uruguay 1023, teléfonos 906435 y 906376. Montevideo, Uruguay.

Las opiniones vertidas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de los autores. Precio de venta en Uruguay: N\$ 40.

Impreso en Talleres Gráficos de Impresora Polo Ltda. D.L. N° 40.172.

Distribución: Papacito.

(Viene de pág. 2)

Economía política y religión

texto, liberación significa la destrucción de las estructuras capitalistas, y su reemplazo por estructuras colectivistas. Las estructuras capitalistas representan una manifestación del pecado. Su destrucción es por ende liberación del pecado, de donde el **hombre nuevo** surgirá, desligado al fin de sus sempiternas ataduras. "Mi verdad os hará libres" había dicho el Maestro. Esa verdad es la **praxis** revolucionaria.

● ¿Cómo puedo saber, a partir de mi encuentro con Cristo en medio de los pobres, que lo que el me pide es que tome mi metralleta y le siga por los senderos de la revolución? ¿Cómo puedo saber que los pobres resultarán liberados cuando la economía sea planificada centralmente? La res-

puesta es que debemos recurrir al marxismo, en tanto que ciencia, para que nos confirme en tales creencias.

Por más que haya mucho más contenidos en la doctrina, este segundo aspecto ya es crucial. Suprimámoslo, y la teología de la liberación se viene al suelo. De la urgencia que puedo sentir —digamos, a partir de una experiencia religiosa— de entregarme en cuerpo y alma a la empresa de mejorar la suerte de los desheredados, no se sigue en la menor medida que la lucha por el colectivismo sea la ruta que debo seguir; que mi conductor deba ser Lenin o Fidel Castro, en lugar de San Francisco o la Madre Teresa, o —¿por qué no?— Adam Smith. Todo reposa sobre la premisa de que el análisis marxista sea

ciencia. Nunca nada tuvo un fundamento más endeble.

Marx formuló la pretensión de que el suyo era un socialismo "científico", mientras que los demás —v. gr. los de Saint Simon, Owen, Fourier— eran "utópicos", en el sentido de que el advenimiento de tal sistema no era contingente, ni dependiente del reconocimiento por parte de las masas de su bondad o deseabilidad, sino necesario, y emergente del proceso dialéctico, el mismo que Hegel había percibido confusamente, y que él, por vez primera, estaba aprehendiendo de manera cabal, a partir de la contemplación de la totalidad de la historia. Hoy, fuera de las variantes más dogmáticas del marxismo, nadie presta crédito a semejante pretensión.

Con su enorme autoridad, y reflejando un difundido consenso Karl Jaspers ha escrito: "Es evidente que la pujanza del pensamiento marxista estriba en la falsedad radical de presentar la creencia como presunta ciencia. De la creencia procede el fanatismo de la certeza; el nombre de ciencia proporciona la máscara. Se llama ciencia a la misma creencia. Nunca la creencia se denomina a sí misma creencia, pero se comporta como toda creencia dogmática: ciega ante todo lo que está contra ella, agresiva, incapaz de comunicación".

Si el marxismo no es, pues, ciencia, ¿a título de qué puede incorporar su "análisis" la teología de la liberación? Entre ésta y el marxismo, ¿cuál es la verdadera relación?

Recordemos que el marxismo no era más que una traducción de la fe tradicional al lenguaje de la temporalidad. Tal traducción implica la transposición de la divinidad al hombre mismo, capaz por tanto de redimirse por sus propios medios, a través de la historia. La teología de la liberación me parece no ser otra cosa que un ejercicio de retraducción, del lenguaje marxista de vuelta al tradicional. Pero la nueva versión deja subsistente la escatología temporalista del marxismo y su divinización del hombre y de la historia. Por ende, sigue siendo, objetivamente y en el fondo marxismo y nada más que marxismo.



COGNAC
Hennessy
V.S.O.P Fine Champagne

Importador y Distribuidor
DOVI S.R.L.
Paraguay 1388